

Galeano y Villoro en los estadios

ALEJANDRO TOLEDO

En México (cito a Perogrullo) no hay gran tradición de literatura alrededor del deporte. Esto se puede explicar, quizá, por un mal de raíz: el (maltrato que por lo común dan a la palabra las secciones deportivas de los diarios. No se forjan buenos cronistas ni pulcros redactores; y el paso del papel periódico al bond o cultural es, así, muy difícil. En países como Argentina o España, en cambio, los libros sobre deporte circulan con éxito. Para los aficionados de esos lugares tener en las manos un buen libro equivale a presenciar un armónico encuentro deportivo. El "buen estilo", en prosa y deporte, es siempre celebrado.

Esta fiebre entre peninsular y rioplatense por la literatura deportiva, ha tenido resonancia entre nosotros por estos días con la aparición en anaqueles de los libros editados en España de Jorge Valdano y Eduardo Galeano, por ejemplo.

Una aclaración: Jorge Valdano sí ejerció como futbolista; Eduardo Galeano no salió nunca a las canchas profesionales. Su libro *El fútbol a sol y sombra* (Siglo xxi, 1995) inicia con una confesión: "Como todos los uruguayos, quise ser jugador de fútbol.

Yo jugaba muy bien, era una maravilla, pero sólo de noche, mientras dormía: durante el día era el peor pata de palo que se ha visto en los campitos de mi país."

Galeano (nacido en Montevideo en 1940) degeneró en escritor. Tiene recopilaciones de textos periodísticos: *Nosotros decimos no* (libro en el que hay una muy curiosa entrevista con Pelé, realizada en 1963) y *Ser como ellos y otros artículos*, pero su obra descansa en dos títulos narrativos fundamentales: *Las venas abiertas de América Latina* y la trilogía *Memoria del fuego*.

El que un *auteur* aparezca de pronto con un enciclopédico libro sobre fútbol no debe causar tanta sorpresa. En estas notas ya se ha hablado de Galeano como "menottista", lo cual quizá deba ser explicado. Como César Luis Menotti, como Jorge Valdano, el narrador uruguayo es "de izquierdas"... Sólo que Eduardo Galeano es de izquierda social, izquierda militante. Para algunos, por ello, el defecto de *El fútbol a sol y sombra* es que hace del balompié ideología, y no es cierto. Galeano se revela como hincha fervoroso y conecedor del buen fútbol, pero no por ello se vuelve miope ante las manipulaciones a las que se ha sometido un deporte convertido en industria. Dice que va por el mundo sombrero en mano, y en los estadios suplica:

—Una linda jugadita, por amor de Dios.

Más: "Y cuando el buen fútbol ocurre, agradezco el milagro sin que me importe un rábano cuál es el club o el país que me lo ofrece."

Busca la belleza, la gran jugada en que un destino resplandece y otro quizá (el del vencido) se apaga, aunque estas leyes no siempre se cumplen. Cuenta Galeano, por ejemplo, de Obdulio Varela (recientemente fallecido), uno de los artífices del triunfo uruguayo sobre Brasil en pleno estadio Maracaná en el mundial de 1950: "Al fin de aquella jornada, los periodistas acosaron al héroe. Y él no se golpeó el pecho proclamando que somos los mejores y no hay quien pueda con la garra charrúa."

—Fue casualidad —murmuró Obdulio, "meneando la cabeza. Y cuando quisieron fotografiarlo se puso de espaldas".

Sigue Galeano con el cuento de Obdulio Varela: "Pasó esa noche bebiendo cerveza, de bar en bar, abrazado a los vencidos, en los mostradores de Río de Janeiro. Los brasileños lloraban. Nadie lo reconoció. Al día siguiente, huyó del gentío que lo esperaba en el aeropuerto de Montevideo, donde su nombre brillaba en un enorme letrero luminoso. En medio de la euforia, se escabulló disfrazado de Humphrey Bogart, con un

sombrero metido hasta la nariz y un impermeable de solapas levantadas. (...) En recompensa por la hazaña, los dirigentes del fútbol uruguayo se otorgaron a sí mismos medallas de oro. A los jugadores les dieron medallas de plata y algún dinero. El premio que recibió Obdulio le alcanzó para comprar un Ford del año 31, que fue robado a la semana."

Formalmente, *El fútbol a sol y sombra* acude a lo fragmentario. Es un libro de prosas sobre la historia futbolística, desde el inicio del juego hasta el mundial de 1994, recuerdo de figuras, goles, atajadas, que la memoria colectiva ha inmortalizado. La suma de textos breves produce un libro que no lo es tanto. En 250 páginas de gran prosa tenemos casi la historia completa de fútbol, y los momentos célebres (en sentido negativo y positivo) del balompié mundial. ¿Podría decirse entonces que *El fútbol a sol y sombra* es una enciclopedia del fútbol? Está todo, o casi todo, bajo la mirada atenta de un especialista "marginal", de un creyente: "Por más que los tecnócratas lo programen hasta el mínimo detalle, por mucho que los poderosos lo manipulen, el fútbol continúa queriendo ser el arte de lo imprevisto. Donde menos se espera salta lo imposible, el enano propina una lección al gigante y un negro esmirriado y chueco deja bobo al atleta esculpido en Grecia."

A finales de 1995 Eduardo Galeano presentó su libro en una de las salas del Palacio de Bellas Artes, que es para el mundo cultural algo así como el estadio Azteca. Los asistentes, hay que decirlo, no entendieron el fervor del narrador uruguayo por el fútbol, con sus soles y sus sombras, y al final de la conferencia le hicieron sólo preguntas "serias". Iban por el autor, no por el juego.

Fuera de algunos periodistas excepcionales, la crónica deportiva ha carecido de fulgores. En esta tierra yerma los "escritores" se improvisan como especialistas, o descubren sus aficiones y sus aflicciones. Ricardo Garibay tiene un libro definitivo sobre Rubén Olivares; Vicente Leñero acude a los encuentros deportivos y cuenta lo que ve y lo que escucha... Esa costumbre tiene su reflejo, hasta ahora, en *¡Pelearán diez rounds! y Los perdedores*, que han sido llevadas a escena. En esta corriente navega un libro de Juan Villoro, *Los once de la tribu* (Aguilar, 1995), que tiene una sección titulada "Estadios", en la que aparecen textos sobre boxeo, fútbol y el juego prehispánico de pelota, entre otros asuntos de literatura, política y espectáculos.

Habría que decir antes quién es Juan Villoro. Se sabe que en su infancia fue necaxista, y quizá esa afición la recuperó más tarde con el renacimiento teleabusivo de los Rayos: si su libro tuviera índice onomástico la palabra "Necaxa" merecería varias llamadas. La llegada de Villoro a la literatura ocurrió de modo accidental, según lo refiere en un texto autobiográfico que abre *Los once de la tribu*:

"El verano de 1972 me encontré en las vacaciones entre la secundaria y la preparatoria en un planeta miserable donde Los Beatles se habían separado y el mejor equipo que jamás saltó a la cancha se convertía en el Atlético Español. [...] En aquel marasmo, ocurrió el milagro: sonó el timbre y Jorge Mondragón, cuyo nombre de guerra era "El Chinchulín", entró a mi casa ¡con un libro! Los ojos le brillaban como si contemplara la legendaria jugada de pizarrón entre el "Yuca" Peniche y el "Morocho" Dante Juárez. El ideal de Mallarmé se consumó en la recámara: para Jorge, el mundo se había convertido en un libro: *De perfil*, de José Agustín. No le hubiera hecho caso de no ser porque habló con morbo fascinante. (...) Jorge y yo ignorábamos que se podía escribir ficción en primera persona: leímos *De perfil* como "trozo de vida".

La conversión de lector a escritor no tardó en llegar. Villoro ha publicado dos libros de cuentos (*La noche navegable y Albercas*), uno de crónicas imaginarias (*Tiempo transcurrido*), y una novela (*El disparo de argón*), entre otros de sus libros... Y fue enviado al Mundial de Fútbol de Italia 1990. La influencia precoz de José Agustín la ha

condimentado con varios argentinos: Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, César Luis Menotti y Jorge Valdano. Y al parecer le sigue yendo al Necaxa.

Villoro toma el ejemplo de Carlos Monsiváis (mal ejemplo en este caso) de llamar a todo lo que escribe en plan periodístico "crónica". La entrevista con Angel Fernández es una crónica; el reportaje sobre el juego de pelota también, lo mismo que los artículos o ensayos sobre fútbol... La narración de lo ocurrido la noche de la pelea de Julio César Chávez en el estadio Azteca es el único texto sobre deporte, de los reunidos en este tomo, que entra propiamente en el género. El escritor metido accidentalmente a un diario es cronista, y todo lo que haga será calificado en ese sentido... Esta confusión transgénica llevó a Monsiváis a diseñar una *Antología de la crónica en México* en la que todo cabe, incluso crónicas. Esto afecta a un Monsiváis metido a antólogo, pero no al escritor, para el que la ambigüedad, el cruce de géneros o el desequilibrio se tornan métodos de escritura. Su último libro lleva un título apropiado: *Los rituales del caos*.

Supongo que Villoro tiene muchos maestros, pero en este libro es clara la presencia de Monsiváis. *Los once de la tribu* divaga por el mundo "real" entre la política internacional y el espectáculo, el deporte y la escritura... Y tal dispersión es ya una huella (positiva en este caso) monsvivarita.

Los textos sobre deporte son cinco. "La tempestad superligera" es una divertida crónica de la pelea de Julio César Chávez y el norteamericano Greg Haugen en el estadio Azteca la noche del 20 de febrero de 1993, con una referencia de entrada al otro Julio César —quizá menos popular en la actualidad pero que tuvo su "raiting"— que escribe en los *Comentarios de la guerra de las Galias*: "¿Y qué tiene que ver aquella guerra con ésta?"

El recurso de algunos medios informativos de convocar a escritores a ser testigos de espectáculos de masas sirve para presentar una mirada distinta y distante, una percepción capaz del asombro, sensible a los contrastes: "¡Mucha atención, señoras y señores! En la esquina roja del cuadrilátero aparece un mechón de pelo cano. La impresión es tan decepcionante como encontrar a Frank Sinatra con laringitis: ¡¡¡¡¡el promotor Don King acaba de ir a la peluquería!!!!!"

Hay dos artículos (o ensayos) alrededor del fútbol: "Los once de la tribu" e "Infancia en la tierra", rigurosos y amenos, y una larga conversación con Angel Fernández, al que Villoro se refiere como "inmejorable Góngora de la fanaticada". La expresión podría parecer un exceso, pero no: el cronista televisivo de grandes batallas se pone al tú por tú con Villoro en lo que respecta a las "citas cultas": duelo de lectores-fanáticos, de aficionados y aficciónados. Fernández es retratado como renovador del lenguaje, vanguardista descolocado, lector de William Shakespeare y James Joyce, John Dos Passos y Mario Vargas Llosa...

El texto final de la sección "Estadios" de *Los once de la tribu* es un informalísimo reportaje (y no una crónica, *but of course*) sobre el juego de pelota, que tiene como percutor el contraste entre el Mundial de Italia en 1990, visto por millones en el mundo, y esos encuentros regionales de rescate de un ritual de dioses.

Los milagros a veces son secretos. Villoro los percibe tanto en los deportes que convocan multitudes como en danzas menos tumultuosas. Como quiere Jorge Valdano, en *Los once de la tribu* el juego deportivo es metido en otro juego, el de la literatura.